

UN POETA LERIDANO.

Mientras el hombre se emocione (es decir, siempre) habrá poesía. Y no solamente habrá poesía en este sentido maliciosamente vago de la palabra que pretende escluir el verso y la rima como cosas de artificio, de habilidad, de entretenimiento, como pueril juego de paciencia; sino que la frase poética, verdaderamente poética, esto es, expresiva de una real emoción, será siempre cadenciosa naturalmente, fisiológicamente. A una persona hondamente conmovida, á una madre que ha perdido á su hijo, á un patriota exaltado en un momento crítico para su patria, al que mezclado en una multitud intensamente regocijada siente dentro de sí toda aquella alegría colectiva, los golpes de su mismo pulso alterado, el ritmo fuertemente marcado de su respiración, le fuerzan á hablar en frases simétricamente acentuadas y cortadas, le imponen pausas á cada cierto número de sílabas que pronuncia; mientras que la agitación de su pensamiento le priva de escoger la palabra precisa, justa, vulgar, para cada cosa, y se ve así obligado, por las leyes de su propio organismo, á un rítmico balbuceo de ideas generales que es el gérmen del verso. Al que tiene el sentido estético de la emoción confundido con la intuición del lenguaje emocional se le puede llamar poeta: al que *sabe* hacer versos á sangre fría para explicar cualquier cosa, no. De los primeros habrá siempre, pues no hay motivo para suponer que el espíritu humano tienda á la atrofia; al contrario. De los segundos, de los que entretienen sus ocios ó su vanidad *haciendo versos*, puede seguir habiendo ó puede dejar de haber: esto no tiene absolutamente importancia alguna.

Claro es que en lo de ser poeta de veras hay también sus modos y sus grados: sentir y hablar por cuenta propia, tener una personalidad poética completamente original y distinta es don especialísimo que pocos alcanzan y menos son aun los que se encuentran con potencia para abandonarse á él desde luego y volar solos. Lo más frecuente es que aun el verdadero poeta empiece por tener devociones literarias; que, sugestionado por un gran modelo, empiece por sentir el natural y por espresarlo como al través del temperamento de su maestro; y si tan grande es la afinidad entre este temperamento y el suyo propio, persiste en reflejarlo y, teniendo sustancia poética, llega á emular en viveza y brillo al foco reflejado.

Todo esto volvíamos á pensar leyendo el libro de «Poesías» que acaba de publicar en Lérida el señor don Magin Morera y Galicia.

El señor Morera es un poeta campoamoriano: no que sea simplemente un imitador de Campoamor, sino que es un verdadero poeta *per se*, pero campoamoriano. Lo es, como antes en general hemos dicho, por sugestión del maestro, por afinidad de temperamento; y tal vez puedan añadirse á estas causas la de escribir el señor Morera sus poesías en castellano siendo él catalán. Esto, naturalmente, deja la sustantividad del propio talento más indefensa ante las influencias exteriores, sobre todo cuando éstas son tan poderosas y tan generales como la que Campoamor ha ejercido sobre sus contemporáneos.

Pero, lo repetimos, el señor Morera no es un mero imitador de Campoamor. Las obras de imitación, aun luciendo mucho, lucen siempre con brillo mortecino de satélite; mientras que las poesías de Morera tienen destellos como de luz propia que rivalizan con las del gran foco afine:

Abí va, querida Rosa,
la historia de dos seres peregrinos
que son de la ilusión encarnaciones,
y en ella te diré por qué caminos
y tú descubrirás por qué razones,
son, han sido y serán las ilusiones,
unas reinas de trágicos destinos.

¿Quién no diría que estos versos, principalmente los dos últimos, son del mismísimo maestro? Yo creo que D. Ramon no vacilaría en firmarlos.

Se trata de un pequeño poema alegórico á la manera de los del repetido poeta: de dos mariposas cuya vida ya se sabe cuál es:

.....vivir volando,
como muchas mujeres,
allá en la copa de un clavel posando,
aquí tomando el sol sobre las rosas,

Este último verso tiene una frescura y una fuerza de sugestión poética tal, que bien puede afirmarse que es un verdadero poeta el que lo ha escrito.

Todo el poema es de una delicadeza esquisita:

Mariposa, tú y yo somos pequeños;
menguados son mis sueños y tus galas;
tú que puedes volar, no tienes sueños;
yo que puedo soñar, no tengo alas.

¿Qué decir ahora de la sentida epístola de «Juan Soldado», de aquellos primeros de espontaneidad y sensibilidad que se titulan «La hoguera» y «La araña», y de las demás composiciones del tomo, que no sea encarecer de nuevo los méritos que acabamos de ponderar?

La «Fantástica» merece sin embargo mención especial porque en ella despliega el poeta toda su potencia de fondo y de forma: en ella se nos muestra como un Campoamor más pio, menos fuerte, menos amargo: y ésta es tal vez su verdadera personalidad. Que sigue siendo campoamoriano lo demuestran versos como los en que habla de aquellas visiones:

movidas por un aire que esparcía
perfumes de Tebaida en el ambiente

y en aquellos otros de la muerte de su héroe:

y en la yerta pupila
se abre el fondo sin fondo de la nada.

Que su fondo, sin ser el de un creyente, es menos impío que el de Campoamor lo dice este mismo poema hácia el final:

¡Quién sabe si hay, allá, en el éter santo,
un sol con ministerio de consuelo,
á cuyos rayos el cristal del llanto
rompe en iris de amor que inunda el cielo!

¡Quién sabe!... ¡Quién lo sabe!... El cementerio
la sacra puerta con misterios cierra,
y aun gracias que, en su triste cautiverio,
el alma se arrebuja en el misterio
huyendo del gran frío de la tierra.

Y aunque en otra composición, «In illo tempore», el autor parece querer mostrarse algo así como irreligioso á sangre fría; y aunque «Encantos y desencantos» tienen más pretensión de tesis campoamoriana y contienen además estos dos hermosísimos versos, que son de lo más altamente poético del libro:

En la mate blancura de su frente
faltaban muchos besos maternales

(dice hablando de la hija del doctor Losada); Losotros ereemos ver al poeta más vivo y palpitante, más hondamente sincero, en la referida «Fantástica» donde, por decirlo así, se ha puesto todo él.

Todo él, ó todo lo que él ha descubierto hasta ahora en sí mismo. Porque á nosotros se nos figura que el señor Morera, con haber dado ya tanto como hemos indicado, puede todavía dar mucho más de sí. Muchos habrá que después de leído este libro dirán que el señor Morera *sabe hacer* muy bonitos versos, preciosísimos, y no pedirán un más allá. Nosotros que le creemos capaz de mucho más que eso, que le creemos un verdadero poeta, nos atreveríamos no á darle un consejo (pues no tenemos autoridad alguna para ello) pero sí á exhortarle, como admiradores suyos que somos, á que se recogiera en sí mismo; á que olvidado de todo, escuchara con recogimiento la santa voz de la emoción que á menudo debe cantar en su alma de poeta; y á que habiéndose penetrado bien de sus acentos, la tradujera directamente aunque fuera balbuceando: que mucho dicen tales balbuceos, sobre todo si brotan espontáneos en el lenguaje en que estamos acostumbrados á expresar nuestros afectos.

En este verdadero culto por la sinceridad de la emoción estética y por la pureza de su expresión, encontramos nosotros la razón de ser de las nuevas tendencias de la poesía moderna, cuyas mismas extravagancias y hasta afectaciones son como tributo y acatamiento á aquella luz, naciente y vaga todavía.

J. MARAGALL.